



# BORRADOR

# PARA

# UNA

# VIDA

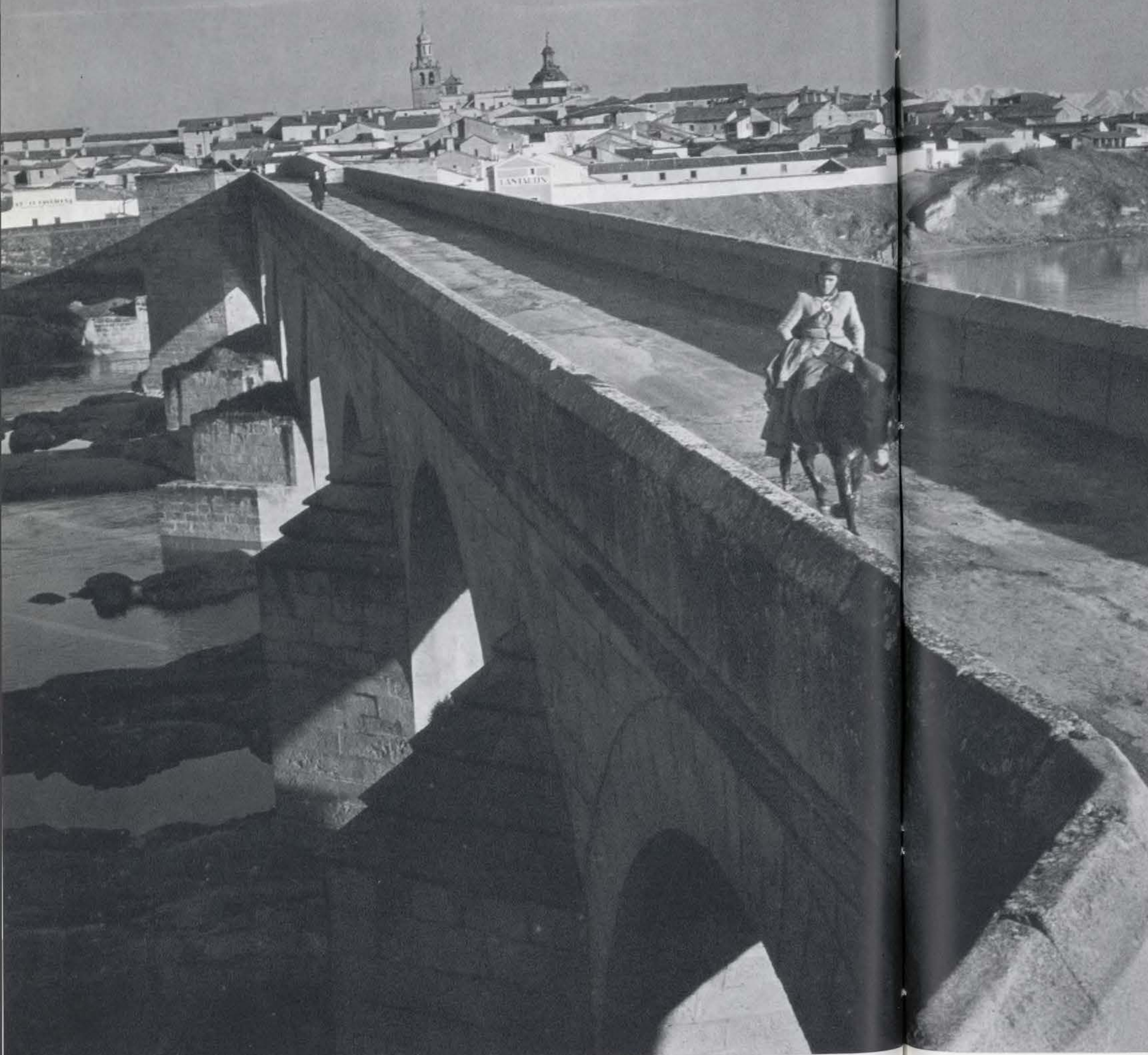
# DEL

# TAJO

En la  
sierra  
de  
Albarracín  
nace  
esta  
gran  
vena  
fluvial  
que parte  
en dos  
la  
geografía  
española.

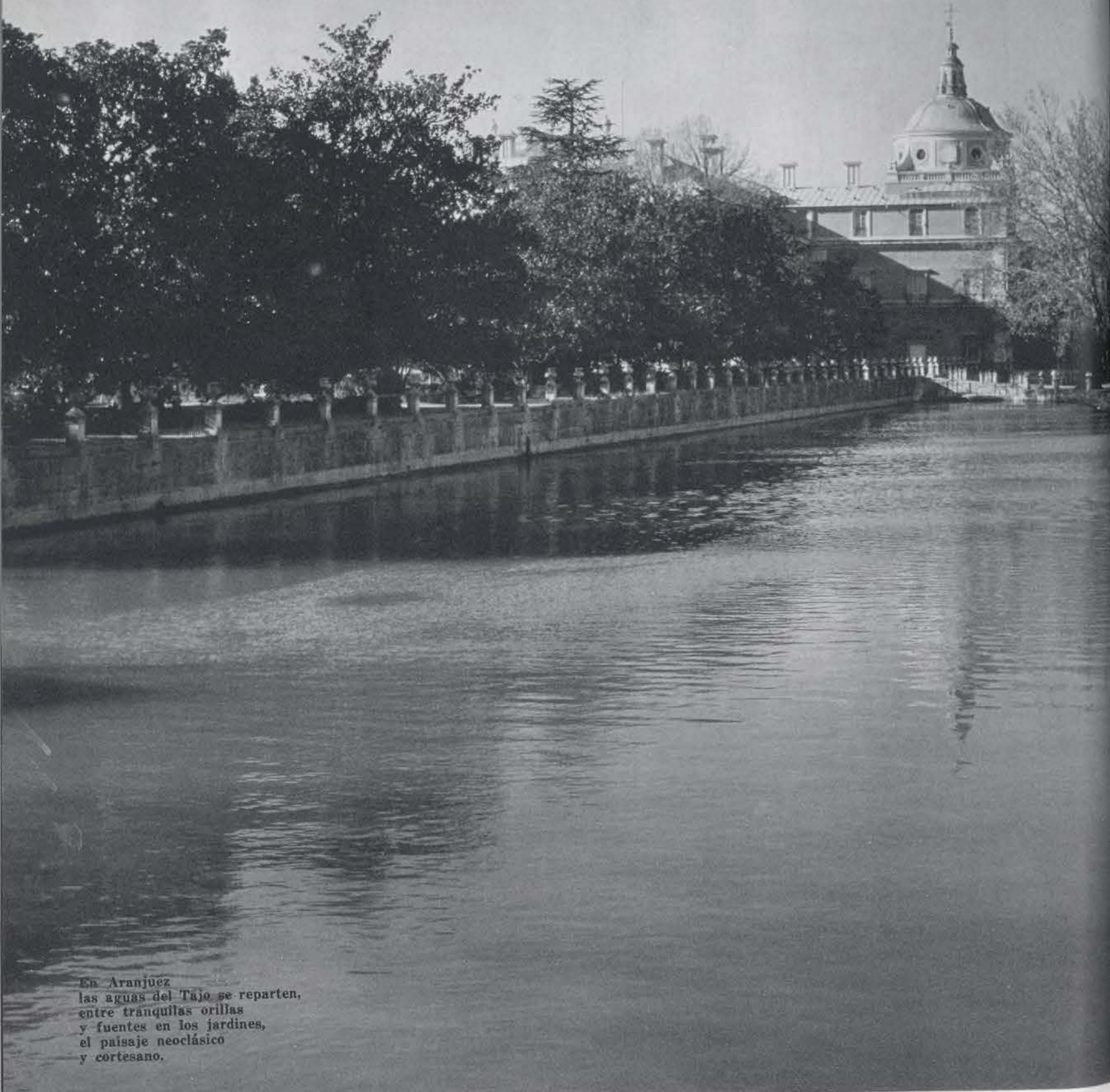
Por

PEDRO DE LORENZO

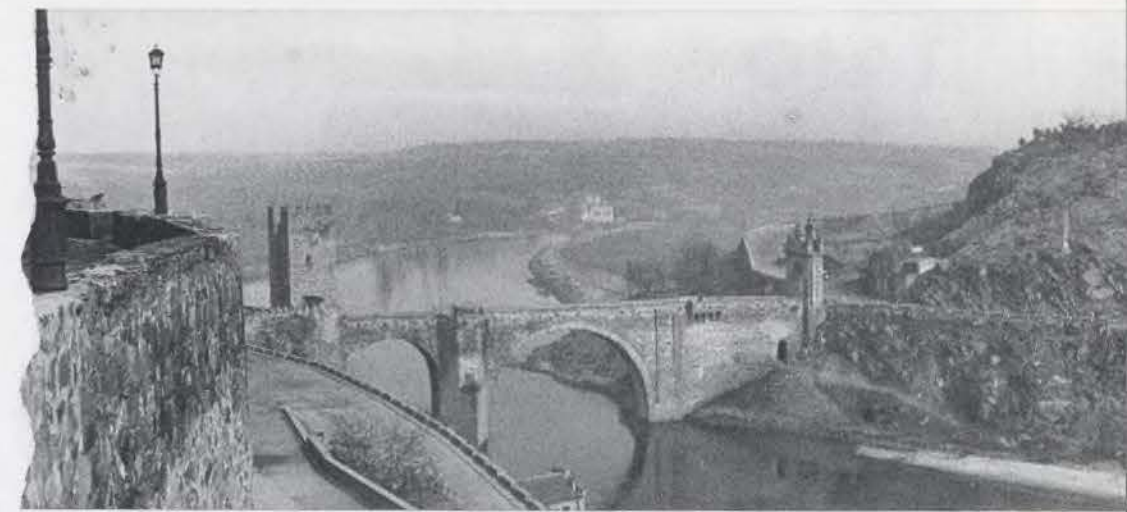


A la izquierda,  
el Tajo  
por Puente del Arzobispo.  
A la derecha,  
dos lugares del río  
más dilatado y apacible,  
a su paso  
por Talavera de la Reina.





En Aranjuez las aguas del Tajo se reparten, entre tranquilas orillas y fuentes en los jardines, el paisaje neoclásico y cortesano.



Por el toledano puente de Alcántara, el Tajo, a los pies del Alcázar y de San Servando, se extiende hasta la «playa» de Safón y las ruinas del castillo de Galiana.

...niño en Cuenca, en Toledo hombre, y en nuestra Lisboa viejo.

TIRSO DE MOLINA: «Doña Beatriz de Silva».

**H**A tomado la cámara unas vistas del Tajo: alto Tajo, serrano del manantío a Trillo; Tajo alcarreño camino de Zorita; entre Zorita y Aranjuez, Tajo manchego; Tajo de la Sagra a la Jara, toledano; Tajo que en Extremadura entra por las Villuercas y sale bajo los arcos de Alcántara hablando portugués...

### Tajo serrano

Figuran las aguas una rosa de piedra: agua en todas direcciones, aguas que brotan y toman los variados rumbos del horizonte. A las puertas de villa de Frías nacen Gabriel, Guadalaviar, Tajo...

Mana éste en la masada Casas de Fuente García; a la derecha, cerro de San Felipe; muela de San Juan, a la izquierda. Copian las aguas la belleza recia serranía de Albarracín: barrancadas profundas, paredes empinadísimas. Se defiende el enebro, enano; la sabina rastrea, trashuman los rebaños todo el agosto de las depresiones del Ebro. A nivel de 1.500 metros pinta el pino: pinares de negral; no hay roble; sin lluvias, los veranos esquilman el hayedo. Otra especie embosca las bajadas: pino silvestre. Arraigan, a mil metros, la encina de la umbría; en la solana, la sabina albar. Tajo progresa entre Albarracín y la Serranía, por tierras de Alcarria y paramera; en las calizas de Molina recoge las últimas de río Gallo y, brusco, un punto pensativo del poniente, dobla al sur.

Es un Tajo rehundido; le pesan los caudales del Gallo: se curva. En Ocenteja principia a descender. Cava una zanja en roca viva, y es río en Valtablado, Carras-cosa, Trillo... Más arriba, allá por los Baños de Carlos III, se le enredaban las eses de Azañón. De aserrío a los pueblos ribereños y acción a esta novela: *El río que nos lleva*. Su autor, José Luis Sampedro, ve un paisaje de áspera serranía, mantos de aguja de pino, tajos de agua moza, cascadas en acrópolis, labrantío seco; un pastor, inmóvil, tallado en el azul, se yergue en la pedrera yerma, calcinada.

La sierra, la trucha—Poveda de la Sie-

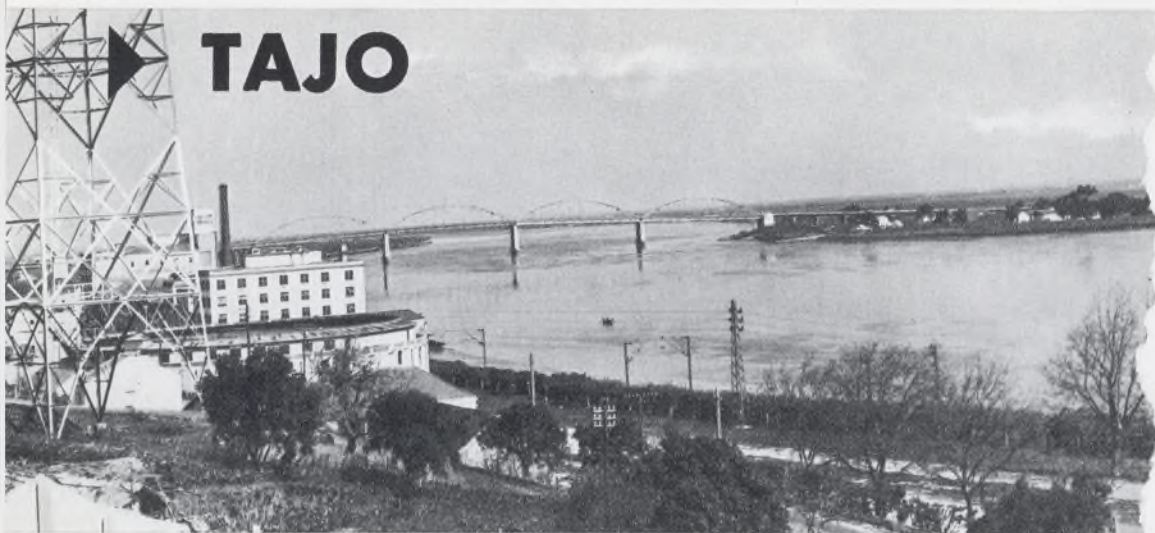
rra, Peralejos de las Truchas—, apellidan a estos pueblos. Cargan el aire los aromas del matujo, húmedo; el cauce es rocoso y la corriente rápida. Suenan constantemente el río; no una corriente suave entre colinas: brava, su fuerza ha labrado un desfiladero en la ruda geología meseteña. Golpea los peñascos, salta de escalón en escalón, torna en aire y espuma y nombre toda una fantasmagoría de hoz llamada así: La Escalerueta. Los gancheros bajan al río por el callejón de riscos grises y rojizos; entre desplomes, vegetados de sabina y carrasca. A la salida de la hoz se les presenta la veguilla de Ocenteja; el río se mete en los estrechos de Arbeteta y Oter, al amparo de la sierra.

Pasada la barca de Morillejo a Carras-cosa, los campos se expanden entre cerros articulados en función de Viana, la de antenombre nutricio, femenino, plural y ostentoso de las dos cumbres gemelas de la Alcarria. El agua ha consumado su victoria sobre la roca. Cantan su júbilo pasamatas, colorines, andarríos, toda la flor de la pajarería. Entre dos luces, al amanecer, un pastor tantea viejos aires en una flauta de hueso.

### Tajo alcarreño

A ese primer Tajo, serrano, sigue este otro: Tajo alcarreño. Aguas arriba del puente de Trillo ha irrumpido un río, corto como de dos leguas, bellissimo, de caudales, rico en frondas, todo luz y nombre manadero: Cifuentes. Ahí, el Tajo serrano se despide: sosiega su ritmo y abisagra las Alcarrias: páramos que en alongada planicie ruedan al suroeste.

Entre hojas de labor, en Trillo, el terreno se allana. Corre el Tajo en hondos de cien metros. En vueltas y revueltas se llega al caserío: viejo, de mil habitantes, convento y un castillo en ruinas. Las aguas son medicinales y el alrededor boscoso. Capital de las chorreras, ese título Trillo lo recibe de las cascadas de su río Cifuentes. Trabaja las serrerías y, orilla del Tajo, que tuerce un poco, asomándose a la ca-



A la izquierda,  
el río  
en Villafranca da Xira,  
antes de llegar  
a Lisboa.  
Y a la derecha,  
la Lisboa  
más ciudadana  
que toca  
las propias aguas  
por la plaza  
del Comercio.

reterita, de tercera, levanta el pueblo su casa de los baños—Baños de la Condesa—de Cifuentes.

Todo es en torno agua saltarina. Tabú, Trillo: de terror tanto, que en ejercicios de elusión el pueblo, para no directamente nombrarla, dice: «El sanatorio», «La Enfermedad», «El resfriado»... Queda a media legua; el edificio, arrogante, arroja al camino el calofrío de este letrero: «Leprosería Nacional».

La finca, de monte, donde dos sierras se dan cita, mide 130 hectáreas. Fue balneario de Carlos III. Los pabellones se alzan dentro de una cerca, de arboleda joven, mucha en olmo y acacia. Cuidan del Instituto Leprológico misioneras de María y frailes franciscos. Los enfermos, de ojos oblicuos, sin cejas, la voz rota, el ademán estoico, trabajan el telar y la zapatería.

Esta sombra de la lepra en Trillo ha arrancado páginas imborrables al reportero, el escritor, el simpatizante de un pueblo padecido, signado por la mano de Job: el leproso, episodio de no sólo novela, ha suscitado crónicas ejemplares al amigo de andar y ver. ¿Puedo olvidar la descripción de un camposanto de leproso? En el Soto, los leproso llevan a hombros a sus muertos. Los muertos entierran a sus muertos...

Ese vertiginoso trazo verde que desde Trillo zigzaguea y cae en Almonacid de Zorita abre estas rutas: arriba, Cifuentes; abajo, Viana, Baños, La Esperanza; Entrepeñas, Sacedón; Anguix—a un lado, La Isabela; Pastrana, al otro lado—, Presa de Bolarque, Zorita...

Inscrito en el espesor de una curva de aluviones, marcaba el Tajo en Zorita la raya con la morería. Gente del Cid se adueñó de Zorita:

*Alvar Fáñez — que Zorita mandó...*

El puente, mediado del siglo XVI, se lo llevó una riada; de ese golpe viene la decadencia de la villa. Todavía en el siglo XX los vecinos de Zorita han de rodear quince kilómetros para tomar una carretera de empalme, salida única de su aislamiento. Ahora instalan en Zorita una central de energía atómica. Hace un siglo el censo de Zorita empadronaba 187 habitantes; 178 en 1940.

Hay Zorita de los Canes y hay Almonacid de Zorita. Tierra ésta en dos tercios plana, de parcelas en riego, beneficiada por la confluencia del Guadiela; a una legua corta, el Salto de Bolarque. Moran los 400 vecinos de Almonacid en casas de roca y yeso, en la falda de un cerro. La lumbre es rica en leñas: el lento fuego de los troncos de encina, la llameante viveza de las ramas de roble, el tuero de oliva de graduación suave, oscura y olorosa. En Almonacid estuvo, encarcelada, la princesa de Eboli. Espensan el huerto los frutales: ciruelo, nogal, cerezo. Cangrejeras, bullen las aguas de un Tajo que, a las puertas de

Almonacid, dice adiós a la Alcarria y, segado el paso, áulico, letrado, se encamina al oasis de Aranjuez.

## Tajo manchego

Vega es el Tajo en Villamanrique, ancha fosa entre la Sagra y los Montes de Toledo, pintura riente en Aranjuez. La derecha del Tajo es llana; cerros de yeso y de sal escarpan el ribero izquierdo; negrea el espino, la retama florece amarga y amarilla. Los patos rondan la junta de las aguas a la vista del Jarama. Colorean los faisanes el Jardín del Príncipe.

La canalización suma veinte kilómetros de acequia, riega 6.000 hectáreas, enriquece a 25.000 moradores, maestros en viejas artes, buena mano de ingeniería. Las huertas miman el espárrago blanco, esmalta la fresa las umbrías, el fresón trae a la solana aires de indiano, como venido de las colonias en aquella hora ultramarina rococó. Instalaciones de material fotográfico manufacturan película virgen para media España.

Opulento y cortesano, el Tajo es en Aranjuez brazo que se acoda, puente colgado, presa de gancheros, caudal de 26 metros cúbicos segundo, mirador en las tormentas de verano, bodas con el Jarama a 400 metros de altitud y cuatro leguas de Chinchón, cabeza del partido.

(Primores de Aranjuez son trasladados a prosa de Valle-Inclán cuando en el Real Sitio temporea por la munificencia, y el talento, de un director de periódico: José Ortega Munilla, a quien—con estas palabras: «Al autor de *La cigarra*»—dedica el florilegio de nobles y honestas damas llamado *Corte de amor*.)

En Aranjuez, poetas, pensadores, artistas, hace medio siglo rendían su «pura voluntad de aplauso» en torno de Azorín. Iniciativa de un hijo de Ortega Munilla, de José Ortega y Gasset, la fiesta discursiva noble, fervorosa, el 23 de noviembre de 1913, mediada la tarde, en la glorieta del Niño de la Espina. Ramón de Bastera entregó una carta de Baroja, fechada en París; Juan Ramón Jiménez leyó el poema que desde Baeza enviara Antonio Machado. Evocó Azorín la España seca y, para necesario contraste, pasos de Saint-Simon, andanzas de Casanova de Seingalt, por los jardines de Aranjuez.

Enamorado de la fronda y las fuentes, del bosque, de las calles de fruto y sombra—calle de moreras, calle de olivos, calle de tilos—, Santiago Rusiñol mira, vive, trabaja, fiel a la delicada luz hermosante de la ciudad, hasta la hora de su muerte.)

Aranjuez es otoño; es esa fiesta, esos primores. Ahí, derecha del Tajo, se alzó la Casa de Marinos, donde forman museo las embarcaciones que los reyes usaron para sus rutas del río.

## Tajo toledano

De Aranjuez a Toledo el valle se estrecha, se hace vega el camino, baja tendido

el río, cortesano, sagreño, entre calizas, de tierra blanca, pueblos moros, latifundio y finos cultivos de viña, olivera y triguero. En el llano, moteado de cerros, acecha la víbora. Riza el agua sus bucles, cóncavos a la orilla izquierda; a la derecha se levanta el cabezo de Añover.

Copia el Tajo en Añover tierras fuertes, de cantera, tomillo, esparto y albardín. Tres mil añoveros trabajan la cerámica. A la vista de Bargas empieza la Sagra: aduar que ensancha hacia Villaseca y Villaluenga y en su cerco encierra pueblos de judería y morisma, afamados por figuras de las letras y la popularidad: Esquivias, la de Cervantes; Borox, de Domingo Ortega. Sobrevuela el perla ramujo de los olivares y las retamas multiplican la aromática perdiz. A una legua del río Guadarrama, Bargas congrega sus mil casas blanquísimas como un arrabal de Toledo.

Donde es más pequeño el campo; las colinas, más abruptas. Se cierran los horizontes; las curvas, antes suaves, erizan sus aristas. Precipitante, la tierra se arremolina en la tormenta de rocas de este insigne torno geológico, habitado: Toledo capital. A sus puertas, Tajo enloquece; gira en busca del sur, entre la escarpa del caserío y un nudo de rocas; se torna más profundo; torrente vivo en lucha por abrirse paso hacia las planicies, todavía lejanas, de Portugal. Hay un alrededor de olivos en la garganta, casi isla, de Toledo; verdes franjas gayan el campo rojizo áspero, certero; pintan en el caos la alquería y la ermita. Ceñida de ciudad, vendrán ahora los espesos ribazos de la Vega: tierra baja, de huertas y frutales; reina en la convulsión el amargo albaricoque toledano...

A las entreluces de la tarde, en Toledo, Gregorio Marañón, saudoso de Lisboa, escucha el sordo rumor del Tajo. En un barquito, soñado, apenas un papel, todo carga de intimidades, de memorias poéticas, navega su propio Tajo; se figura a bordo, y principian el periplo este concierto de palabras:

—Ya viene la sombra por los olivares y el Tajo empieza a cantar...

En esa *Meditación del Tajo* propone una serie de itinerarios de España, «para recreo del lector—dice—y para guía del viajero que conserve el espíritu intacto ante el contagio del turista... Cada ruta sería no una lección de Historia, sino una resurrección de nosotros mismos. Y entre todas ellas, la más evocadora y la más profunda, seguir el cauce del Tajo desde Toledo hasta el mar de Portugal».

Tajo itinerante, sus orillas las ve pobladas de espíritus inmortales; evoca y esas figuras las condensa en un poeta y un pintor: Garcilaso, el Greco.

Para ver el Tajo como era, «turbio y fiero», fueron precisos los ojos de un griego educado en Italia, y en Toledo acechando el paisaje de Castilla tal y como es. «El Greco—recuerda Marañón—pintó en sólo dos de sus cuadros, pero para siempre, el agua contenida y lívida del río, despeñán-



dose entre los tajos del puente de Alcántara, con el son épico que en verdad tiene su voz, y no con los arrullos líricos con que circula por las *Eglogas*... Una vez, sin embargo, tuvo Garcilaso la visión directa de Toledo y de su río, y la dejó inmortalizada en el pasaje más justo, más noble, que haya salido de la pluma de un poeta. ¿En qué hora de lucidez vieron sus ojos la ciudad amada, tal como era? Es decir, así:

*...puesta en la sublime cumbre del monte, y desde allí, por él sembrada, aquella ilustre y clara pesadumbre, de antiguos edificios adornada.*

Llegado aquí, en alas de Garcilaso, Francisco de la Torre colorea, enciende un punto más, los esmaltes. Singular poeta, de quien nada es seguro, ni aun su existencia, de obra editada por Quevedo en 1631, Francisco de la Torre extiende su paisaje fluvial medianero a este cercado: Garcilaso: claras corrientes, cristalinas ondas, flores rojas y blancas; predomina el color. Compone ocho églogas y las titula de este modo: *Bucólica del Tajo*, una arcadia perdida.

La línea inacabada toca nuestro tiempo. Al filo de la guerra, 1936, Miguel Hernández da tumba de égloga en las arenas, bajo el agua toledana, «sin porción de especie oscura», a Garcilaso:

*Un claro caballero de rocío,  
un pastor, un guerrero de relente  
eterno, es bajo el Tajo, bajo el río...*

El cráneo, romano; imperial, su nombre; de apellido propicio al río, Adriano del Valle en mil novecientos cuarenta y tantos trenza prosas poemáticas, gozos, cantilenas, sonetos, «al capitán del Tajo, a Garcilaso».

Con signo de Garcilaso nacía en Madrid la primera revista de verso y prosa de posguerra. En las columnas de *Garcilaso* iban apareciendo los entonces muchachos de esta promoción literaria: «Juventud Creadora». Mantenedor del movimiento lírico y director de su revista, José García Nieto, orilla del Tajo, en Toledo, canta:

*Bravo capaz, cintillo delicado,  
hacia el remoto sol de otras arenas  
ve el sonoro rodar de tus cadenas,  
dejando atrás el álamo dorado.*

*Si hondísimo y en sombra te has llevado  
el labio casi azul de las almenas,  
¿qué encontrarán después tus manos, llenas  
de Toledo, hacia ti precipitado?*

*Yo, como tú, me iré por otro cielo;  
como tú, con memoria de este suelo;  
las manos, como tú, tan regaladas.*

*Y, como tú, le dejaré al olvido  
un álamo, un amor y el dulce ruido  
de mi brazo de niño en tus espadas.*

## Tajo oretano

De Toledo a Talavera, cuestecillas, trigales, verde faja de huertas, se suceden al hilo del río. A la altura de Montalbán, los tuerfos del Tajo miran un sur de Montes de Toledo. Barcas y redes ponen su nota de frescor en la ribera pescadora. Ya pudo el bachiller Fernando de Rojas soñarse ante las aguas de su Puebla, los astilleros de «La Celestina».

Tiende el Tajo, un tanto al norte, dos tantos al oeste, dilatada curva poderosa. Se llega a Malpica, en tierra encinera, de coscoja, donde 400 vecinos, a seis leguas de Talavera de la Reina, tejen velos y corren el jabalí. Acercándose a Talavera, otro río le trae el mensaje de las crestas de Gredos, vértebra de Iberia: Tajo, al sur; Alberche, por el norte.

Viene Alberche de su manantío, cimero en las altas cañadas de Avila. Dos leguas se le ha visto correr la vega hacia Saliente, en lecho plano. De pronto, y cómo le encajan hondas asperezas, bien batida en los riscos su agua de gargantas, los labios envenenándosele de maleza, hasta el con-



En este Tajo, que ya es el mar, la luz del crepúsculo enciende todavía los barcos que entran en el puerto lisboeta.

gosto del Tiemblo... Dio moscateles a Cebrosos, cepas a Métrida, y se reserva, para Talavera, su receta de vinos del mayor cuerpo.

Se cierran Tajo y Alberche en el vértice de Talavera; la carretera en medio es como bisectriz de ese ángulo, agudo, de rayas de agua, que figuran una flecha: la pica en el astil de la carretera, larga y como a la querencia de Portugal.

Derecha de la confluencia, Talavera es un viejo cruce de caminos. En la Tierra de Talavera celebraba la Mesta sus Consejos de invierno. Centro de lanas y de sedas, sus ferias la enriquecieron, la afamaron. Los Montes abastaban de carbón; las cercanías, de arcilla, sus cerámicas. Vivió de los alfares hasta 1750, año en que la industria seduce a la ciudad, el paisaje se cubre de moreras, la seda empieza a ser trabajada en la Real Fábrica... Hoy Talavera es centro de un círculo de pueblos nuevos, en colonización: regadíos para la blancura en flor de los algodonares y el verde brillante de las plantaciones de tabaco.

Talavera abajo, el agua se hace jareña; toca el río en Las Herencias, espeja las casas de Azután, muerde soledades en Puente del Arzobispo, y principia a hendir las rañas de la alta, extrema, dura pizarra, que declina mirando a Portugal.

Bronca es la tierra, seca, sin transiciones, de suelo poco profundo. La vegetación, ruda, espinosa; denso el manto floral en las cuevas abrasadas. Entre los renuevos de roble y encina cubre los montes la espesura de la jara; en el verdor intenso albea, estigmatizada, la corola del jaguarzo.

Viene un olor recio de carboneo, de los ceniceros, rescoldados en el matorral, de mancha inmensa; resuena en la hondura, rítmico, el trabajo del hacha leñadora; un rebaño—¿va, vuelve?—trashuma en las veredas, difíciles, y los cañariegos cordeles de la Mesta. Ha removido el aire la esperanza, y el monte exhala su morado perfume de tomillos. Como un eje, el río parte en dos las avanzadas de poniente: a la derecha, la Mata; la Jara, a mano izquierda. Tributaria del Tajo, pero con aguas también que rinden a la llamada de este otro río—Guadiana—, fastuoso de símbolo español y de misterio.

En la Jara corre el lobo los inviernos, los pozos son hondos, alternan la noria y el cereal. Azután adelante, las aguas pasan por Alcolea de Tajo; entran en este pueblo mayor: Puente del Arzobispo.

Mayor lo es el pueblo no por su número

de pobladores, apenas dos mil. Cabeza de partido, quizá fundación de aquel turbulento prelado toledano que se llamó Tenorio y vivió en el siglo XIV. Forma el Tajo la divisoria con el término de Villar del Pedroso, en tierras extremeñas. El Puente pidió a Góngora este piropo:

*...Llamado sois, con razón,  
de todos sagrado río,  
pues que pasáis por en medio  
del ojo del Arzobispo.*

Bajo el signo de la cerámica talaverana censa diez fábricas y lo más de su vecindad enteramente dedicada al barro: barro policromado, barro cocido en ocho hornos de cántaros y otros cinco de tejas. Se alza la puebla en un claro, a la derecha del río, mucho en carpas. Alguna, tan celebrada como la del Arzobispo. Quien, como en ella encontrara su anillo perdido, mandó para memoración del hallazgo tender el puente: nombre, núcleo, monumento de esa villa mayor.

## Tajo extremeño

De Puente del Arzobispo a Puente del Conde, cuatro leguas estiran las lindes de Toledo con Cáceres. Va el Tajo a encajarse en la Alta Extremadura. Nunca más propia su denominación—tajo—que en este nuevo ir labrándose un valle en quebrada, a cada paso más angosta, entre márgenes con escarpes de cien metros, hondo el lecho. Tiétar le baja las blancuras de Gredos; Alagón, todo el aroma de las dehesas salmantinas. Le alcanzan Tiétar, muy rebasado Almaraz; Alagón, a los pies de Alcántara. Entre Almaraz y Alcántara descendiendo el Tajo 250 metros de nivel. Crestas riberas lo estrechan. De cuando en cuando, se deja caer en—saltos del Corzo, Quitasustos, el Gitano—chorreras grandiosas, de espectacular rudeza. Cuestan; las casi dos leguas del Gitano acaban con todos los proyectos de navegación. Frontera, de Carbajo a Rosaminal, aguzan sus aguas la punta con que Extremadura pica el costado luso; traspuesta la raya, dan esas aguas espejo a la bandera, verde y roja, de Portugal.

En coloquios del Tercer Programa, en Radio Nacional, una noche de primavera, años pasados, discurrían pensando la industrialización del Tajo un ingeniero, un filósofo, un geólogo, los tres insignes. Moderaba el autor de estas evocaciones. En uno de sus muchos, muy lucidos, parlamentos,

Francisco Hernández-Pacheco, que era el geólogo, vino a decir:

—Con el lago de Alcántara los portugueses van a tener dos beneficios: en primer lugar, van a recibir un Tajo ya domado, se le va a quitar el mal humor de sus crecidas. Pero hay otra ventaja: en Lisboa, el Tajo, que es un río extraordinario, no sólo da al puerto la masa de sus aguas, sino una ingente cantidad de tierras, arenas, turbios, que se decantan en el estuario y entorpecen el amarre de los grandes trasatlánticos. La administración del puerto de Lisboa se verá, por tanto, libre de dragar los aportes sólidos del río...

No pareció quimera aquella noche el sueño de la navegación del Tajo. El proyectado embalse gigantesco traía a la memoria de alguno de los coloquiantes la estampa de un bergantín que, a lo guerrero, llegó a recortarse bajo los arcos del puente del Alcántara.

¿Alcántara? El año 1909 Miguel de Unamuno sale de Plasencia y, camino de Trujillo, cruza el río por el puente del Cardinal. Es un hermoso rincón de Extremadura. Corre el Tajo por su hoz, que unas veces abrupta se cierra en cañada y otras se abre en apacibles vegas; entre peñascos enhiestos, madroñeras de fruto salvaje, recias jaras, muy cerca del puente, se le atravesan las Portilleras; los buitres se ciernen solemnes sobre las aguas. El escritor recuenta:

—Bien merece aquella su augusta y majestuosa muerte, aquella su imperial desembocadura en Lisboa. ¡Y qué llena de enseñanza esta vida tormentosa y brava, de recio luchador, desde que pasa al pie de la imperial Toledo y se abaja después bajo las horcas caudinas del majestuoso puente romano de Alcántara (una de las mayores hermosuras que en España puede verse) y entra en Portugal a morir rindiendo sus fatigadas aguas al Atlántico!

Donde los ríos del Imperio se confunden. ¿Tajo? ¿Guadiana? Pienso un eje peninsular: ¿Tajo? Merodea Guadiana tierras portuguesas, pero al río del Imperio se llama Tajo. Es, ciertamente, el río de nuestra gran hora: el que une las dos capitales de Iberia. Suspiros de Toledo el Tajo se los lleva a Lisboa: el mar; y de Lisboa tornan al corazón—Badajoz, Guadiana—de las extremeñas nostálgicas de morería.

P. de L.

(Reportaje gráfico de Eurofoto.)

Tres bellos lugares, tres orillas distintas que el Tajo enriquece y une: los bosques de su nacimiento en la Muela de San Juan; el río junto a Toledo bajo la hermosa pesadumbre gongorina, y ya en el puerto de Lisboa desembocando en el mar.

